

doscientos mil soldados aguerridos y provistos de un inmenso material. El ministro acompañó esta exposición con protestas de la más absoluta adhesión á la familia imperial, y propuso la marcha inmediata de la emperatriz y el rey de Roma que á su juicio era preciso mandar al momento hacia el Loira lejos del alcance del enemigo.

Mr. Boulay (de la Meurthe), impaciente por emitir su parecer, mientras escuchaba al ministro de la Guerra, se pronunció vivamente contra semejante proposición, y desenvolvió con vehemencia sus inconvenientes fáciles de conocer á primera vista. Dijo que esto sería á la vez abandonar y desesperar á la capital, que veía una especie de égida en la hija y el nieto del emperador de Austria; que demostrando que no se pensaba más que en la salvación de determinadas personas, sería dar el ejemplo para que cada cual no pensara más que en sí; que en este caso podían considerar como imposible la defensa de París, y sus puertas como abiertas de antemano al enemigo; por último, que con esta salida del gobierno se crearían por sus propias manos un vacío que un partido hostil, sostenido por el extranjero, tendría cuidado de llenar proclamando á los Borbones, como se acababa de ver en Burdeos. Después de haber explicado estas ideas, propuso hacer desempeñar á María Luisa el papel de su ilustre abuela María Teresa, conducirla al Hotel de Ville con su hijo en sus brazos y hacer un llamamiento al pueblo de París, que, en caso de necesidad, suministraría cien mil soldados para defenderla.

Este parecer contra el cual no habría habido ninguna objeción que hacer si hubiesen podido disponer de cien mil fusiles para repartirlos entre el pueblo de París, y si el gobierno imperial hubiese querido confiárselos, este parecer, decimos, fué aprobado por el duque de Rovigo y por el anciano duque de Massa que, á pesar de sus años y de su mala salud, sostuvo con elocuencia y casi con ardor juvenil la opinión contraria á la marcha. El prudente y frío duque de Cadore se pronunció también con cierta animación en favor de la permanencia en París y de la organización de una enérgica defensa. En medio de esta especie de unanimidad, José, aunque parecía aprobar á los que combatían la proposición de salir de París, se callaba sin embargo, como paralizado por una fuerza desconocida. El príncipe de Cambaceres, agobiado con el peso de sus penas, se callaba también; y la emperatriz, vivamente agitada, pedía con los ojos un parecer á todos los presentes.

Mr de Talleyrand, con la autoridad inherente á su nombre, tomó á su vez la palabra y expuso una opinión muy sorprendente en verdad para aquellos que habrían conocido sus relaciones secretas. Con aquella gravedad lenta, afable y desdeñosa al mismo tiempo que caracterizaba su modo de hablar, emitió una opinión profundamente política, y tal como habría podido emitirla si hubiese sido enteramente adicto á los Bonapartes. Se extendió poco acerca del entusiasmo que se podría provocar yendo al Hotel de Ville con la emperatriz y el rey de Roma, pues él no tenía la mayor fe en esta clase de recursos; pero insistió sobre el peligro de salir de París. Evacuar la capital era, á su juicio, entregarla á las empresas que no dejaría de intentar un partido enemigo al primer asomo de los ejércitos coligados. Este

partido enemigo, que todos conocían, era el de los Borbones. La coalición, cuyos favores todos poseían, se acercaba. Abandonar París, hacer salir de él á María Luisa, era desembarazar á la coalición de todos los estorbos que podía encontrar para operar una revolución. Tal fué el sentido de la opinión manifestada por Mr. de Tayllerand, y era bien extraño oír al hombre que debía ser el principal autor de la próxima revolución, describirla tan exactamente de antemano.

Las personas sin penetración, que justamente porque no la tienen la suponen en todos, creyeron entonces y repitieron que Mr. de Talleyrand había sostenido ese parecer para que siguieran otro. En esto cometieron un error pueril. Mr. de Talleyrand, consultado de improviso, había obedecido á su sensatez y aconsejaba el partido mejor que se podía tomar. A mayor abundamiento, el proyecto de marchar le disgustaba. Permanecer en París después de haber aconsejado la salida, era caer en una falta grave; partir, era correr aventuras en pos del gobierno fugitivo y alejarse del gobierno que llegaba. Por último, el consejo de quedarse tenía un barniz de adhesión que podía ser útil, si Napoleón, á quien no creerían perdido en realidad mientras estuviera con vida, llegaba á salir triunfante. Después de haber obedecido de este modo á la naturaleza de su carácter y á sus conveniencias, Mr. de Talleyrand se calló, quitando á todos los presentes el valor de emitir un parecer político después del suyo. Recogieron los votos, y el primer recuento pareció asegurar una mayoría considerable á los que desaprobaban la marcha de la emperatriz y del rey de Roma.

Apenas se anunció este resultado, se descubrió una ansiedad singular en el rostro del ministro Clarke, y sobre todo en el del príncipe José, que, sin embargo, había fomentado visiblemente la opinión que había prevalecido. Entonces el ministro de la Guerra, como cediendo á una imperiosa necesidad, se levantó y pronunció un extenso discurso para aconsejar de nuevo la marcha de la emperatriz y del rey de Roma. Dió razones que, sin ser buenas, eran las mejores que podían alegarse. No estaba todo en París, ni debía estar, decía; y París tomado, era menester defender á todo trance el resto de la Francia y disputar el terreno al enemigo palmo á palmo. Era preciso marchar á las provincias que no estaban invadidas con la emperatriz y el rey de Roma, llamar en su derredor á todos los buenos franceses, y perecer con ellos en defensa del territorio y del honor. Pero una lucha tan prolongada era imposible si, dejando á la emperatriz y á su hijo en la capital, los exponían á caer en las manos de los soberanos coligados. De este modo devolvieran al emperador de Austria una prenda preciosa, y si en alguna parte se quería levantar la bandera de la resistencia, no tendrían ninguna de las augustas personas en cuyo derredor sería posible reunir á los súbditos adictos al imperio. Ahora bien, la probabilidad de ver al enemigo penetrar en París era mayor de lo que se creía, pues con los recursos existentes en la capital no podían prometerse resistir á los doscientos mil hombres que marchaban sobre ella.

El ministro de la Guerra se había esforzado tanto por pura obediencia; en el fondo no tenía opinión sobre ninguna cosa. Los argumentos que había hecho valer, reminiscencias históricas de las resistencias desespera-

das; estos argumentos, verdaderos en Viena en tiempo de María Teresa, y en Berlín en la época de Federico el Grande, pero falsos en París con un soldado vencido, no convencieron á nadie, pues sin darse cuenta de ello y sin atreverse á decirlo, cada cual conocía que con un gobierno revolucionario, cuyo favor se había acabado y que tenía un sucesor dispuesto, salir de la capital era dar margen á que estallara una revolución. Así fué que todos persistieron, y habiendo votado nuevamente, casi por unanimidad se resolvió que debían permanecer en París la emperatriz y el rey de Roma.

Entonces José, rompiendo su obstinado é incomprendible silencio, entró en explicaciones. Leyó dos cartas del emperador, una fechada en Troyes después de la batalla de la Rothiere, y la otra en Reims después de las batallas de Craonne y de Laón, en las cuales decía que era preciso evitar á toda costa que su hijo y su mujer cayeran en manos de los aliados. Ya hemos dado á conocer el motivo que inspiró á Napoleón el contenido de estas dos cartas. Independientemente del cariño que profesaba á su mujer y á su hijo, era el deseo de conservar en sus manos una prenda preciosa; y además el temor de que María Luisa no se convirtiera en dócil instrumento de todo cuanto quisieran intentar contra él, sobre todo creando una regencia que sería su exclusión del trono. Esto había pensado después de la alarmante batalla de la Rothiere, y se había afirmado en su juicio después de las batallas equívocas de Craonne y de Laón. En el primer momento, los de la minoría exclamaron que habían hecho muy mal en reunirlos para pedirles su parecer, existiendo una orden de Napoleón, orden terminante y que no admitía discusión ninguna. Pero en breve la reflexión sucedió á las primeras impresiones, y entonces, después de examinar las referidas cartas, pusieron en tela de juicio el uso que hacían de ellas. La primera había sido escrita en otras circunstancias, después de la batalla de la Rothiere, cuando no aparecía probabilidad ninguna de resistir al enemigo. Posteriormente, brillantes triunfos, mezclados sin duda con sucesos menos felices, habían prolongado la guerra, y habían hecho incierto su resultado. Las circunstancias eran, pues, distintas, y Napoleón no daría quizá en el día las mismas órdenes.

A esta interpretación respondía categóricamente la segunda carta, escrita en Reims el 16 de marzo, en la mañana siguiente del glorioso combate de Reims, y en el momento en que comenzaba la marcha hacia las fortalezas. Hubo, pues, que someterse y consentir en la salida fijada para la mañana siguiente 29. Sin embargo, se decidió que José y los ministros se quedarían á fin de dirigir la defensa de París, y que sólo partirían cuando ya no fuera posible disputar la ciudad al enemigo. El archicanciller Cambaceres, nada propio para las armas, y que era además un consejero indispensable para la regente, fué el único que debía acompañar á María Luisa. Se separaron consternados y en un estado de agitación que no era común bajo aquel gobierno hasta entonces tan obedecido; con efecto, se acusaban unos á otros achacándose la próxima ruina del imperio. Algunos miembros de los más adictos reconviniéron al duque de Rovigo porque no recurría á los medios que habían salvado á la Francia en el año 92, como por ejemplo, el levantamiento del pueblo; á lo cual replicó que abunda-

ba en esa idea, pero que para armar al pueblo necesitaba dos cosas que no tenía, primero armas, y segundo, permiso para apelar á un medio semejante. Al bajar la escalera de las Tullerías, Mr. de Talleyrand, que andaba como hablaba, es decir, lentamente, dijo al duque de Rovigo, apretando el puño del bastón que le servía de apoyo: «¡Conque así debía terminar este glorioso reinado!... Concluir su carrera como un aventurero en vez de concluirla pacíficamente sobre el más grande de los tronos, y después de haber dado su nombre á su siglo... ¡qué fin!... El emperador sería muy digno de lástima si no hubiese merecido su suerte por haberse rodeado de gente tan inepta!» El duque de Rovigo, que también había ido perdiendo su favor y que no hacía el mayor caso de los que le habían reemplazado en la confianza del emperador, bajó la cabeza, no respondió nada, y aun pareció aprobar las palabras de Mr. de Talleyrand. Entonces éste, con una mirada que era una provocación á un poco más de confianza, añadió: «Sin embargo, no á todo el mundo puede convenir el quedar enterrado en tales ruinas, y es hora de pensar en esto.» Y después, hallando al duque de Rovigo silencioso, pues este servidor, aunque estaba descontento, era fiel, terminó con esta palabra: «Veremos.» En seguida se metió en su coche, casi temiendo haber dicho demasiado.

Después de aquella sesión, cuyas consecuencias fueron tan graves, José, el príncipe Cambaceres y Clarke, al acompañar á la emperatriz á sus aposentos, se comunicaron lo que pensaban, y se confesaron entre sí que el partido adoptado por obediencia á Napoleón tenía grandes inconvenientes. «Pero decidme lo que debo hacer y se hará, repuso entonces María Luisa. Sois mis verdaderos consejeros y os toca indicarme cómo debo interpretar las voluntades de mi esposo.» El príncipe Cambaceres, cuyas palabras ya no tenían fuerza, y José, que tenía la responsabilidad, no se atrevieron á aconsejar la desobediencia á las cartas de Napoleón. Sin embargo, resolvieron que antes de obedecer se cerciorarían de si la situación era tan grave como se creía y si, en este caso, era tiempo ya de poner en ejecución unas órdenes que juzgaban tan peligrosas. Se convino, pues, en que José y Clarke practicarían á la otra mañana un reconocimiento militar en torno de París, y en que no saldría la emperatriz sino en virtud de un postrer aviso por su parte.

Al otro día, 29, la plaza del Carrousel se llenaba de carruajes de la corte. Además de los bagajes de la familia imperial, habían cargado los papeles más preciosos de Napoleón, los restos de su tesoro particular, que se elevaban á unos 18 millones, la mayor parte en oro, y por último las alhajas de la corona. Había acudido á la plaza una muchedumbre inquieta y descontenta, pues María Luisa parecía á muchas personas una garantía contra la brutalidad de los extranjeros. Decían que no saquearían, ni prenderían fuego, ni destruirían con las bombas á la ciudad que encerraba á la hija y al nieto del emperador de Austria. La marcha de María Luisa parecía una deserción, una especie de traición. Sin embargo, la muchedumbre permanecía inerte y silenciosa. Algunos oficiales de la guardia nacional, que habían logrado penetrar en palacio, pues en la desgracia la etiqueta desaparece ante la emoción pública, hicieron grandes esfuerzos cerca de María Luisa para impedir su viaje,

diciéndola que estaban dispuestos á defenderla á ella y á su hijo hasta el último extremo. María Luisa respondió llorando que ella era una mujer que no tenía autoridad ninguna, que debía obedecer al emperador, y les dió muchas gracias por su afectuoso ofrecimiento, sin poder rechazarlo ni aceptarlo. La infortunada (entonces era sinceramente adicta á la causa de su esposo y de su hijo) iba y venía por sus habitaciones, esperando á José que no llegaba, no sabiendo qué decir, ni qué resolver, y llorando á lágrima viva. Por último, sobre los mensajes reiterados de Clarke, que anunciaba que la caballería ligera del enemigo inundaba ya las cercanías de la capital, partió á eso de las doce del día, devorada de pena y llevándose á su hijo, que se irritaba de despecho y preguntaba adónde le conducían. ¿Adónde?... ¡Niño infeliz! A Viena, donde debía morir sin padre, casi sin madre, sin patria, reducido á ignorar su gloriosa cuna!... ¡Niño infeliz, nacido de la prodigiosa aventura que había unido á un soldado con la hija de los césares, y cuyo destino, después de nuestros reveses, es lo que hay más digno de lástima en aquellos sucesos tan extraordinarios!

La larga comitiva de aquella corte consternada, triste ejemplo de las vicisitudes humanas, muy propio para espantar á todo lo que es dichoso, marchó hacia Raimbouillet por en medio de la multitud descontenta, pero silenciosa, y que preveía en aquel instante el porvenir como si lo hubiesen descubierto á sus ojos tal como era. Mil doscientos soldados de la vieja guardia escoltaban á la corte fugitiva. Aquel funesto día 29, víspera de un día más funesto aún, fué consagrado á varios preparativos de defensa. José había empleado la mañana en practicar con algunos oficiales un reconocimiento de las cercanías de París, lo cual había retardado su respuesta á la emperatriz, y había adquirido la convicción de que, con los medios de que disponían, la capital no se podía defender veinticuatro horas. Es cierto que con las fuerzas traídas por los dos mariscales y con los depósitos existentes en París apenas se podrían oponer unos veintitrés mil soldados al enemigo que traía más de doscientos mil. La guardia nacional contaba doce mil hombres á quienes había convertido en soldados valerosos el sentimiento del horror al extranjero, pero únicamente tres ó cuatro mil estaban armados. Entre el pueblo se habrían encontrado brazos robustos y dóciles en aquel peligro común, mas no había fusiles para ellos. En cuanto á las obras de defensa ya hemos dicho que se reducían á algunos reductos mal armados y á varios tambores delante de las puertas, construídos con empalizadas y sin fosos. Sin embargo, Napoleón había enviado órdenes sobre esto, por desgracia muy generales, como podía enviarlas de lejos y en medio de los movimientos tan multiplicados de las tropas activas. Además, como se trataba de una resistencia irregular, sostenida á beneficio de todo cuanto tuvieran á la mano, nada podía prevverse ni ordenarse anticipadamente. Habría sido preciso que estuviese presente Napoleón, con su voluntad, su actividad, sus recursos de imaginación y su indómita energía, para sacar partido de los recursos que ofrecía París, y ni el excelente pero irresoluto José, ni el inepto y dudoso duque de Feltré, eran capaces de suplirle en tales circunstancias. Sólo les preocupaba una cosa, y era que tenían veinte ó veinticinco mil hombres de tropas

regulares contra un enemigo que contaba doscientos mil.

Seguramente debía infundir la desesperación la idea de una batalla en condiciones semejantes; pero era la más absurda de las concepciones el aspirar á combatir en las afueras de París, pues pérdida la batalla, y debía perderse infaliblemente, todo estaba perdido: la batalla, París, el gobierno y la Francia. París debía defenderse como el general Bourmont había defendido Nogent algunos días antes, como el general Alix había defendido Sens, como los españoles habían defendido sus ciudades, como el pueblo parisiense ha defendido París demasiado á menudo contra sus gobiernos, con sus arrabales fortificados, con su población detrás de las barricadas, reservando el ejército de línea para arrojarle sobre los puntos en donde hubiese penetrado el enemigo. Ahora bien, para una resistencia de esta clase estaban muy lejos de faltar los recursos. El ejército, con las fuerzas que iban á reunir á los cuerpos de Marmont y de Mortier, podía elevarse á veinticinco mil hombres. Había doce mil guardias nacionales á quienes habían podido entregar cinco ó seis mil fusiles de los treinta ó cuarenta mil que estaban gobernando y que Clarke se obstinaba en conservar para las tropas activas, lo que habría elevado á ocho ó nueve mil el número de los guardias nacionales bien armados. El pueblo de París habría suministrado en aquella época de cincuenta á sesenta mil voluntarios que habría sido fácil armar con las escopetas de caza, que siempre han abundado en la capital, que los habitantes habrían ofrecido con gusto, y que en todo caso se habrían podido tomar por medida administrativa. En Vincennes había doscientos cañones de todos calibres y municiones inmensas. Con esta artillería se habrían podido cubrir las alturas de París, y seguramente nadie que tuviera caballos los habría negado para este servicio. Fortificando las calles de los arrabales y de la ciudad, y colocando á la población detrás de estas barricadas; cubriendo con artillería ciertas posiciones escogidas y disponiendo el ejército sobre los puntos donde era de temer que triunfase el enemigo, ó lanzándole de las alturas contra el flanco de las columnas de ataque, como lo permitiera la configuración de los lugares, era posible ciertamente impedir al enemigo la entrada en París, al menos durante algunos días. Hasta los mismos lugares bien estudiados habrían ofrecido recursos que se habrían podido emplear útilmente.

Todo el mundo conoce, por haberla habitado ó por haberla visto, la gran capital que se trataba de defender. Llegando el enemigo por la orilla derecha del Sena, encontraba forzosamente el semicírculo de alturas que rodea París de Vincennes á Passy, y que encierra á su parte más populosa y rica. De la confluencia del Marne y el Sena cerca de Charentón hasta Passy y Auteuil, una serie de alturas más ó menos elevadas, ora extendidas en forma de meseta como en Romainville, ora salientes como en Montmartre, cercan la capital y ofrecían preciosos recursos de resistencia aún antes que un rey patriota hubiese cubierto esas posiciones con fortificaciones invencibles.

Al Sur y al Este del semicírculo (permaneciendo siempre sobre la orilla derecha del Sena), se encuentran Vincennes, su bosque, su castillo y los escarpes de Charonne, de Menilmontant y de Montreuil. La columna enemiga que se presenta por esa parte está casi incomu-

nica con la que se presenta al Nordeste, es decir, por la llanura de Saint-Denis, á menos que no haya tenido de antemano la precaución de apoderarse de la meseta de Romainville. Olvidada esta precaución, una fuerza defensiva, bien establecida en la meseta de Romainville, puede caer sobre el flanco de la columna enemiga que llega por Vincennes, ó sobre aquella que, atravesando la llanura de Saint-Denis, quisiera atacar las barreras de la Villette, de Saint-Denis y de Montmartre. Esta última columna, viniendo por el Nordeste á través de la llanura de Saint-Denis, encuentra forzosamente la meseta de Saint-Chaumont, las alturas de Montmartre, de la Estrella y de Passy, y si se inclina demasiado hacia la Estrella, se expone á ser arrollada sobre el bosque de Boulogne y arrojada al Sena, gracias á la revuelta que forma este río de Saint-Cloud á Saint-Denis.

Cubiertas con fuertes reductos y mucha artillería las alturas de la Estrella, de Montmartre, de Saint-Chaumont y de Romainville; estando la ciudad fortificada y defendida por la población, el ejército distribuido entre las barreras más amenazadas, aunque reservado especialmente para ocupar la meseta de Romainville, se podía oponer á la coalición una resistencia no invencible sin duda, pero prolongada durante algunos días, dando así tiempo á Napoleón para que maniobrara sobre la retaguardia, tiempo con que contaba á la verdad, no imaginando que la defensa de París se reduciría á un día, esto es, el número de horas que gastarían veinticinco mil hombres en batirse á campo raso contra doscientos mil.

Pero ni habían pensado en hacer estos estudios del terreno, ni en utilizar á la población de París, porque estando ausente Napoleón nadie sabía pensar ni hacer ninguna cosa. Apenas les quedaba á los que le reemplazaban el valor del soldado, que en nuestro país rara vez falta. Como subalternos de José y Clarke, que habrían debido mandar y no mandaban, estaban el general Hulín, jefe de la plaza de París, y el mariscal Moncey, jefe de la guardia nacional. Cada uno de éstos se ocupaba, sin obrar de acuerdo con el otro, en aquello que le concernía especialmente. El general Hulín, hombre muy valeroso y muy adicto, pero acostumbrado hacía tiempo á vegetar en París, se había apresurado á enviar algunos cañones á Montmartre y á la cuesta de Saint-Chaumont. Careciendo de la autoridad necesaria para ocupar los caballos de los particulares en transportar la artillería de Vincennes, apenas había podido llevar á las alturas algunas piezas colocadas sobre plataformas por concluir y provistas de municiones insuficientes ó que no eran del calibre de los cañones. El mariscal Moncey, siempre dispuesto á cumplir con su deber, después de haber vanamente reclamado armas para la guardia nacional, había obtenido últimamente tres mil fusiles disponibles, los había repartido, y luego había formado á los seis mil guardias nacionales que había podido armar, unos detrás de las empalizadas elevadas en las barreras, y otros en reserva á fin de enviarlos á los puntos más amenazados.

En cuanto á los mariscales Marmont y Mortier, el ministro Clarke se había limitado á señalarles como terreno de combate el circuito de París, sin examinar si era ó no razonable dar una batalla delante de la capital. Había confiado la derecha de este circuito á Marmont, que de este modo debía defender el Sur y el Este de las

alturas, es decir, la avenida de Vincennes, las barreras del Trono y de Charonne y la meseta de Romainville con más una parte del lado Norte de esta meseta hasta los Prados-San-Gervasio. La izquierda fué confiada á Mortier, que debía defender el terreno desde el canal de Ourcq hasta el Sena, esto es, la llanura de Saint-Denis.

Estos dos mariscales, después de los combates que habían sostenido en su retirada, no traían en todo más que doce mil hombres. Reunieron con ellos al general Compán, que se había salvado por milagro y que tenía consigo la división de joven guardia, recientemente organizada en París, y la división Ledrú-des-Essarts, sacada de los depósitos. Contaba unas seis mil bayonetas, y la pusieron á las órdenes del mariscal Marmont. El general Ornano, comandante de los depósitos de la guardia, había sacado de ellos otra división de cuatro mil jóvenes que jamás habían peleado y que hacía pocos días estaban en París. Esta división mandada por el general Michel, quedó bajo las órdenes del mariscal Mortier. Gracias á este último socorro las fuerzas activas de los dos mariscales ascendían á veintidós mil hombres. Después seis mil guardias nacionales, y algunos centenares de veteranos y de jóvenes de las Escuelas, agregados al servicio de artillería, elevaban á unos veintinueve mil hombres los defensores de la capital, y estos valientes tenían para protegerlos lo que hemos dicho ya, algunos cañones en las alturas de Montmartre, de Saint-Chaumont y de Charonne, y algunas empalizadas delante de las puertas.

Los mariscales, llegados en la noche del 29, tuvieron justo el tiempo que hacía falta para ver al ministro de la Guerra y conferenciar un instante con él, mientras sus tropas tomaban un descanso indispensable. La confusión era tal que, aunque la administración de las subsistencias hubiese reunido víveres en cantidad suficiente, los soldados apenas tuvieron con qué alimentarse. Vivieron únicamente á expensas de la buena voluntad de los parisienses. Los dos mariscales los dejaron descansar algunas horas para llevarlos en seguida al terreno donde debían combatir.

Los soberanos aliados estaban el 29 por la noche en el castillo de Bondy, y habiendo llegado á París por el Nordeste, habían resuelto atacarle por la orilla derecha del Sena, pues ningún enemigo, á menos de verse obligado á esto por circunstancias extraordinarias, habría querido añadir á las dificultades naturales del ataque las de una operación ejecutada por la otra parte del Sena, con la carga de volver á pasar este río en caso de mal éxito. Teniendo, pues, que operar sobre la orilla derecha del Sena, los generales de la coalición combinaron sus esfuerzos en conformidad á la naturaleza de los lugares. Resolvieron dar tres ataques simultáneos: uno al Este, ejecutado por Barclay de Tolly con el cuerpo de Rajeffsky y todas las reservas (unos cincuenta mil hombres), con el fin especial de tomar Rosny y Pantín y la meseta de Romainville; otro al Sur, para secundar el anterior, ejecutado por el príncipe real de Wurtemberg, con su cuerpo y el de Giulay (unos treinta mil hombres), que debía conducir por el bosque de Vincennes á las barreras de Charonne y del Trono, y otro al Norte, en la llanura de Saint-Denis, ejecutado por Blücher á la cabeza de noventa mil combatientes y

particularmente dirigido contra las alturas de Montmartre, de Clichy y de la Estrella. De estas tres columnas la más avanzada en su marcha era la de Barclay de Tolly. La de Blücher, que había llegado por el camino de Meaux, y tenía que alcanzar la calzada de Soissons, estaba el 29 por la noche menos próxima á París que las otras dos. El príncipe de Wurtemberg, que había tenido que seguir la orilla del Marne, y lo había pasado tarde, estaba igualmente rezagado. Se convino en que unos y otros entrarían en acción lo más pronto posible.

Por nuestra parte, los mariscales Marmont y Mortier, que habían llegado en las altas horas de la noche, y habían pernoctado en Charentón, Vincennes y Charonne, debieron dirigirse por el Sur á ocupar las alturas. Marmont con sus tropas subió á las alturas de Charonne y Montreuil, para ir á establecerse sobre la meseta de Romainville, y subir la parte Norte de esta meseta hasta los Prados-San Gervasio. Mortier tenía aún más camino que andar. Subiendo por el boulevard exterior de Charonne á Belleville, y teniendo que bajar en seguida hacia Plantín, La-Villette y La-Chapelle, debía llegar por fin á la llanura de Saint-Denis, para establecerse con la derecha en el canal del Ourcq y la izquierda en Clignancourt, al pie de las alturas de Montmartre. Por consiguiente, necesitaba para ponerse en línea mucho más tiempo que Marmont. Felizmente tenía que habérselas con Blücher, que estaba también retrasado, y así podía estar seguro de no verse adelantado por el enemigo.

Marmont, dando demasiado crédito al parte de un oficial, no había creído que la meseta de Romainville estuviese ocupada, y por este motivo no se había apresurado á llegar á ella; pero al presentarse la encontró en posesión de las tropas de Rajeffsky. Con mil doscientos hombres de la división Lagrange se arrojó sobre las avanzadas enemigas, las arrojó de la meseta y las rechazó hacia Pantín y Noisy. En el mismo instante, la división Ledrú-Des-Essarts se alojó en el bosque de Romainville, que cubría el flanco de las alturas por el lado de la llanura de Saint-Denis. Marmont distribuyó entonces sus tropas de la manera siguiente. Tenía á su disposición una de las últimas divisiones sacadas de los depósitos de París, al mando del duque de Padua; sus antiguas divisiones Lagrange y Ricard; las tropas del general Compáns, que se le habían reunido la víspera, y en fin, alguna caballería al mando de los generales Chastel y Bordessoulle. Marmont dejó su caballería entre Charonne y Vincennes, con encargo de defender el pie de las alturas por el lado del Sur y de cubrir la barrera del Trono; colocó al duque de Padua á su derecha, sobre la orilla de la meseta de Romainville, en las casas más altas de Bagnolet y de Montreuil que están construídas en anfiteatro vueltas hacia el Mediodía, por la necesidad de recoger los rayos del sol para sus árboles frutales; alineó sobre la misma meseta y en el centro la división Lagrange, de espaldas á las casas de Belleville; la división Ricard á la izquierda, en el bosque de Romainville, y por último, sobre la cuesta Norte, la división Ledrú-des-Essarts, del cuerpo de Compáns, y al pie de la llanura, en los Prados-San-Gervasio, la división Boyer de Roberval. La división Michel, que esperaba al mariscal Mortier para ponerse á sus órdenes, guardaba en su ausencia la Grande y la Petite-Villette.

Las descargas de fusilería y artillería habían desperitado muy temprano á París, que por lo demás había dormido poco, y José, acompañado del ministro de la Guerra, del de Policía y de los directores de ingenieros y de artillería, había establecido su cuartel general en la cumbre del cerro de Montmartre.

Barclay de Tolly, pensando que cuando hubieran entrado en línea el príncipe real de Wurtemberg al Sur y Blücher al Norte en combate se decidiría pronto en favor de los aliados, no quiso, sin embargo, dejar á los defensores de París el primer triunfo de la jornada. En su consecuencia, resolvió tomar otra vez la meseta de Romainville, y para esto empleó una parte de sus reservas que se componían de guardias á pie y á caballo y de los granaderos reunidos. El general Paskewitch, con una brigada de la división segunda de granaderos, debió subir á la meseta por Rosny y debió también atacarla por el Sur, llegándose por Montreuil con la segunda brigada de esta segunda división y con la caballería del conde Pahlen. La primera división de los granaderos fué confiada al príncipe Eugenio de Wurtemberg, para atacar á Pantín y los Prados-San-Gervasio en la llanura al Norte.

Este ataque dirigido con vigor obtuvo un principio de triunfo. El general Mezcuzoff que había sido rechazado por la mañana, reforzado con los granaderos volvió á subir á la meseta á pesar de la división Lagrange y consiguió ocuparla. A la derecha, la segunda brigada de granaderos, después de haber franqueado la meseta por Montreuil y Bagnolet, obligó á la división del duque de Padua á retroceder después de haberse adelantado á ella. Nosotros perdimos el terreno, bien que nuestros soldados resistiesen con un valor desesperado tanto al número como á la calidad de las tropas, que eran las más aguerridas de la coalición.

Sin embargo, aun perdiendo terreno, conteníamos al enemigo. En efecto, los coraceros rusos llevados á la meseta trataron de cargar á nuestra infantería y fueron cubiertos de metralla y detenidos por nuestras bayonetas. Á medida que se retiraban de Romainville á Belleville, como la meseta se estrechaba, nuestras tropas tenían la ventaja de concentrarse. Á la derecha encontramos el apoyo de las casas de Bagnolet, á la izquierda el del bosque de Romainville, y nuestros soldados, diseminados en guerrilla, causaban al enemigo grandes pérdidas. Nuestra artillería, favorecida por el terreno, porque la meseta se elevaba en la dirección de Belleville vomitaba metralla sobre los granaderos rusos y á cada instante derribaba líneas enteras de ellos. Durante este tiempo, los jóvenes soldados de Ledrú-Des-Essarts habían reconquistado árbol por árbol el bosque de Romainville, y adelantándose así á las tropas rusas, que habían ocupado el ancho de la meseta. Al mismo pie de la meseta, hacia el lado Norte, el general Compáns había quedado dueño de Pantín con el socorro de la división Boyer de Roberval, y de los Prados-San-Gervasio con la ayuda de la división Michel. Además había rechazado hasta más allá de las dos aldeas al príncipe de Wurtemberg, que había intentado apoderarse de ellas á la cabeza de la primera división de granaderos.

El mariscal Mortier, establecido al fin en la llanura de Saint-Denis, había colocado las divisiones Curial y Charpentier de joven guardia en La-Villette, la división

Christiani de vieja guardia en La-Chapelle, y su caballería al pie de Montmartre.

Eran las diez de la mañana, y si hubiésemos tenido, independientemente de las tropas que cubrían los alrededores de París, una columna de diez mil soldados aguerridos para tomar la ofensiva, habríamos podido entonces dar un gran golpe á los aliados. Pero lejos de poder tomar la ofensiva, apenas teníamos con que defender nuestras posiciones. En este estado de cosas, el príncipe de Schwartzberg, esperando sus dos alas, que estaban rezagadas, y viéndose reducidos nuestros dos mariscales á la defensiva, por una y otra parte hubieron de limitarse al fuego del cañón y de fusil, con gran ventaja, sin embargo, por nuestra parte, gracias al valor de las tropas y á la buena disposición del terreno.

A esa misma hora, José celebraba un consejo sobre la cuesta de Montmartre, donde había ido á establecerse. Varios oficiales enviados cerca de los mariscales les habían llevado, con la promesa de morir ellos y sus soldados hasta el último hombre, tristes presentimientos sobre las consecuencias finales de la jornada y casi la certeza de verse obligados á rendir la capital. Estas noticias agitaban mucho á José, que temía, no el peligro, sino las humillaciones, y que no quería en manera alguna ser prisionero de la coalición. Ahora bien, los progresos del ataque le hacían temer hallarse dentro de algunas horas en poder del enemigo.

Desde la altura de Montmartre se veían las masas negras y compactas de Búcher que atravesaban la llanura de Saint-Denis, y los oficiales que llegaban de los alrededores de Vincennes afirmaban que al Este y al Sur se distinguía un nuevo ejército que flanqueaba París, y procuraba penetrar en él por las barreras de Charonne y del Trono. Así todo cuanto veían y cuanto oían, todo anunciaba una catástrofe inminente. José deliberó con los ministros que le habían acompañado, con los directores de ingenieros y de artillería, y todos convinieron en que dentro de algunas horas tendrían que entregar París. En efecto, habiéndose reducido la defensa á una batalla dada en el llano en la proporción de uno contra diez hombres, el resultado no podía ser dudoso, por valientes que fuesen nuestros soldados y nuestros generales. En vista de esto, José resolvió alejarse. Sabiendo por reconocimientos practicados que se descubrían ya cosacos hacia el camino de la Revolte y en la orilla del bosque de Boulogne, se apresuró á partir y ordenó á los ministros que le siguieran, como estaba acordado en cuanto llegara el momento supremo. Lo único que hizo fué autorizar á los dos mariscales para que, cuando no pudieran defenderse más, estipularan un arreglo que garantizase la seguridad de París, y procurara á sus habitantes todos los miramientos posibles.

Entretanto el ataque del enemigo había hecho inevitables progresos. Al Norte, es decir, en la llanura de Saint-Denis, el mariscal Blücher había atravesado al fin la distancia que le separaba de nuestras posiciones. El general Langerón había rechazado nuestras escasas avanzadas de Aubervilliers y Saint-Denis, y enviado su caballería y su infantería ligera por el camino de la Revolte hasta la orilla del bosque de Boulogne. El grueso de su infantería se dirigía hacia el pie de Montmartre, en tanto que el cuerpo del general York, tomando á la izquierda (izquierda de los aliados), avanzaba hacia La Chapelle

por la carretera de Saint-Denis, y en tanto que los cuerpos de Kleist y de Woronzoff, tomando aún más á la izquierda, marchaban hacia La-Villette. El príncipe de Schwartzberg, viendo á Blücher en línea, le pidió un refuerzo para ayudar al príncipe Eugenio de Wurtemberg á tomar Pantín, los Prados-San-Gervasio, en una palabra, todas las aldeas situadas al pie de Romainville. La división prusiana Kótzler, las guardias prusiana y badense fueron enviadas entonces al socorro del cuerpo de Rajeffsky, y pasaron el canal del Ourcq, cerca de la granja de Rouvray, para tomar parte en un nuevo ataque.

Mientras se ejecutaban estos movimientos al Norte, el príncipe real de Wurtemberg había atravesado al Sur la distancia que le separaba del punto de ataque y llevado su concurso á las tropas aliadas. Después de haber atravesado el puente de Neuilly del Marne, y de haber dejado el cuerpo de Giulay para guardar su retaguardia, había marchado en dos columnas, la una caminando por la orilla del Marne y la otra atravesando por el camino más corto el bosque de Vincennes. La primera había tomado el puente de Saint-Maur, flanqueado el bosque y atacado á Charentón por la orilla derecha. Los guardias nacionales de los alrededores que con la escuela de Alfort defendían el puente de Charentón, encontrándose con el enemigo á retaguardia, habían tenido que abandonar el puente á pesar de su valiente resistencia, y hubieron de arrojarle á través de los campos hacia la izquierda del Sena. Una vez que esta columna enemiga consiguió su objeto, que era el de ocupar todos los puentes del Marne para impedir que ningún cuerpo auxiliar acudiera á turbar el ataque de París, comenzó á tirotearse con la guardia nacional delante del puente de Bercy. La segunda columna del príncipe de Wurtemberg había atravesado en línea recta el bosque de Vincennes, y prestado ayuda al conde Pahlen, como también á las tropas de Rajeffsky y de Paskewitch, que atacaban Montreuil, Bagnolet y Charonne.

En línea ya todas las tropas aliadas, la acción continuó con más violencia. Al Norte, la división del príncipe Eugenio de Wurtemberg, secundada por los granaderos rusos, que habían llegado en su socorro, y por las tropas prusianas, que acababan de llegar también, cayó sobre Pantín y los Prados-San-Gervasio, pero fué valerosamente recibida por las divisiones de joven guardia Boyer de Roberval y Michel, que mandaba el general Compáns. Por un momento los aliados consiguieron apoderarse de las aldeas, pero nuestros jóvenes soldados, retirándose entonces al pie de las alturas, donde encontraban el apoyo de una artillería bien situada, recobraron ánimo y volvieron á entrar en las aldeas, donde hubo una carnicería espantosa. Por esta parte, y á pesar de todo su vigor, el enemigo no consiguió nada.

Sobre la meseta de Romainville la defensa no fué menos enérgica, pero sí menos dichosa. Las tropas de los generales Helfreich y Mezcuzoff, sostenidas por los granaderos de Paskewitch, aunque al principio fueron rechazadas, habían concluído por ganar terreno. Sobre todo habiendo conseguido apoderarse de Montreuil y de Bagnolet, se habían establecido sobre la vertiente Sur de la meseta, y bien secundadas por las tropas del conde Pahlen y del príncipe real de Wurtemberg, que operaban entre Vincennes y Charonne, habían conquis-